

que de no hacerlo habrian creído que cesarian sin objeto. Unes pretenden lograr la destruccion del poder civil atacando desde luego á la iglesia; otros quieren que la caida de la potestad civil lleve consigo la de la iglesia. Conocen bien las funestas consecuencias que podrian resultar al público si consiguieran la doble ruina de la iglesia y del estado; pero se hallan tan acalorados con sus teorías, que manifiestan bien claramente que su ruina, aun con todo, no les seria desagradable ni distaria mucho de sus deseos, á pesar de todos los males inevitables que traería consigo, ó que resultarian inmediatamente, y cuya certidumbre les es conocida. Un hombre que goza de grande autoridad entre ellos, y que ciertamente está dotado tambien de grandes talentos, hablando de una alianza supuesta entre la iglesia y el estado, dice: „Debemos esperar tal vez, que por la caida de estos poderes civiles se rompa aquella alianza monstruosa. Ese tiempo, ciertamente, será muy calamitoso; pero ¿qué convulsion del mundo político puede ser motivo de alarma, cuando debe resultar un efecto tan deseable?“ Ya veis con que serenidad se han preparado estos sres. á ver los mayores desastres que pueden acaecer á su pais.

No es pues de admirar que con estas ideas mirando ellos como ilegítima y usurpada, ó á lo menos, como una pantomima cualquiera cosa de su constitucion ó de su gobierno interior, sea en la iglesia ó en el estado, dirijan su vista al estrangero con todo el entusiasmo y ardor de una pasion. Mientras sus ánimos estén así preocupados, en vano es que se les hable de la práctica de sus antepasados, de las leyes fundamentales de su pais, y de las formas establecidas en la constitucion, cuyas ventajas se han confirmado por el testimonio irrevocable de una larga esperiencia, por los progresos de la fuerza pública y de la prosperidad nacional. Desprecian la esperiencia siendo la sabiduria de los ignorantes; y en cuanto á lo demas, han preparado una mina subterránea, cuya esplosion hará volar á un tiempo todos los ejemplos de la antigüedad, los usos, las cartas, y las actas del parlamento. Ellos tienen los derechos del hombre, y contra estos derechos no hay prescripcion; la adhesion á un sistema no es un compromiso; no admiten temperamento ni modificacion; todo lo que es contrario á lo que encierran estos derechos no es mas que fraude é injusticia. Ningun gobierno mire ya como punto de apoyo su larga duracion, ni la suavidad y

justicia de su administracion. Si las formas no se ajustan á sus teorías, las objeciones que estos especuladores hacen contra un gobierno antiguo y benéfico, adquieren desde luego toda la fuerza de las que se hicieran contra la tirania mas violenta y la usurpacion mas injusta. Están en oposicion con los gobiernos, no por los abusos que les imputan, sino porque ponen siempre en duda su competencia y su título. Nada tengo que contestar á las groseras sutilezas de su política metafísica: gasten con ella el tiempo en las escuelas:

.....; *Alli tiene su corte:
esa es la mansion eterna del delirio y del error!*

[*Virg. En. 1.*]

Mas no suframos que, á semejanza del viento de levante, rompan sus cadenas para soplar, arrazar la tierra con sus uracanes, y desencadenar las olas del oceano para inundarnos.

Si se trata de los derechos verdaderos del hombre, tan lejos estoy entonces de desechar su teoria, que por el contrario mi corazon está lleno del deseo de conservar en la práctica todas sus ventajas. Cuando niego las pretensiones falsas de los derechos del hombre, no intento en manera alguna atacar las verdaderas; sus pretendidos derechos las destruirán completamente. Si la sociedad civil se ha formado para utilidad del hombre, cada hombre tiene derecho á todas las utilidades para que ha sido formada. Ella es una institucion de beneficencia, y la ley misma no es otra cosa que la beneficencia dirigida por una regla. Los hombres tienen el derecho de vivir conforme á esta regla. Tienen derecho á la justicia; y este derecho les pertenece contra los mas fuertes igualmente que contra los mas débiles. Tienen derecho á todos los productos de su industria, y á todos los medios de hacerla fructificar. Tienen derecho de pertenecer á su padre y á su madre. Tienen derecho de educar y perfeccionar á sus hijos. Tienen derecho á que se les instruya durante su vida, y se les consuele al tiempo de su muerte. Cualquiera cosa que un hombre pueda emprender independientemente para su propia utilidad, sin impedir la de otro, tiene derecho de hacerla; y tiene en comun con toda la sociedad un derecho incontestable á participar de todas las ventajas que ella procura por medio de la industria y de la fuerza combinadas. Pero en cuanto al derecho de tener parte en el poder, en la autoridad, ó en la direccion de los nego-

cios del estado, yo siempre negaré muy seriamente que se halle en el número de los derechos directos y primitivos del hombre en sociedad civil; porque yo hablo solamente del hombre civil y social, y no de otro: en esto es preciso convenir.

Si la sociedad civil es un resultado de las convenciones, estas convenciones deben ser sus leyes; estas convenciones deben modificar y limitar todas las especies de constitucion que se formen dentro del término de aquella convencion: no hay poder, sea legislativo, ejecutivo ó judicial, que no sea resultado de ella; ni pueden existir en otro estado de cosas: y ¿cómo es que un particular, á nombre de la sociedad civil, reclame unos derechos que no la suponen existente, unos derechos que enteramente le repugnan? Uno de los primeros objetos de la sociedad civil, y que viene á ser una de sus reglas fundamentales es, que ninguno sea juez en causa propia. Por solo esto, cada individuo se ha despojado de una vez del primer derecho fundamental que corresponde al hombre que no está ligado por ningun pacto, el de juzgar per sí mismo y sostener su propia causa: renuncia todo derecho de gobernarse él mismo; abandona tambien en gran parte el derecho de su propia defensa, que es la primera ley de la naturaleza. Los hombres no pueden gozar á un tiempo de los derechos de un estado civilizado y de uno que no lo es; para obtener justicia abdicen el derecho de determinar sobre cada cosa lo que mas les importa; para conservar alguna libertad hacen un abandono total de ella.

El gobierno no se ha formado en virtud de derechos naturales que pueden existir, y de hecho existen independientes de él. Estos derechos son muy claros y perfectos en la especulacion; pero esta perfeccion en la teórica es su defecto en la práctica. Cuando se tiene derecho á todo, falta para todo. El gobierno es una invencion de la sabiduria humana para proveer á las necesidades de los hombres, y los hombres tienen derecho á que esta sabiduria las provea á todas. Todos convienen en que de estas necesidades, la que se hace sentir mas fuera de la sociedad civil, es la de contener suficientemente las pasiones. La sociedad exige, no solo que las pasiones de los individuos sean enfrenadas, sino que tambien en comun y en masa, lo mismo que en particular, sean contrariadas á cada paso sus inclinaciones, doblegada su voluntad, y sometidas á la traba sus pasiones. Esto ciertamente, no puede ejecutarse sino por un poder que esté fuera de ellos mis-

mos, y que en el ejercicio de sus funciones no esté sometido á esa misma voluntad, y á esas mismas pasiones que por oficio debe domar y someter. En este sentido la sujecion entra en el número de los derechos del hombre, lo mismo que la libertad; pero como la libertad y sus restricciones varian con el tiempo y las circunstancias, y una y otra admiten infinitas modificaciones, no pueden sujetarse á regla fija, y es la mayor insensatez examinarlas conforme á este principio.

Desde el momento en que disminuís uno de los derechos del hombre, el de gobernarse él mismo, y permitís que se le pongan algunos límites positivos y artificiales, inmediatamente toda la organizacion del gobierno viene á ser materia de convencion. Esto es lo que hace que la constitucion de un estado y la division equitativa de los poderes, sea el objeto de la ciencia mas delicada y complicada; esto es lo que exige un conocimiento tan profundo de la naturaleza humana y de sus necesidades, y de todos los medios que pueden facilitar ó impedir los diversos fines que se proponen mediante el mecanismo de las instituciones civiles. El estado tiene necesidad de reanimar sus fuerzas y remediar sus males. Y ¿de qué le servirá para fortificarse, ó para curarse, una discusion metafisica sobre los derechos del hombre? Se trata de saber buscar y administrar uno y otro auxilio; y en tal caso yo aconsejaria siempre que se ocurriera al administrador de rentas y al médico, mas bien que á los profesores de metafisica.

La ciencia de componer un estado, renovarlo y reformarlo, asi como todas las demas ciencias fundadas en la esperiencia, no se aprende *á priori*; y la esperiencia de esta ciencia práctica no se adquiere en un dia, porque los efectos reales de causas morales no siempre son inmediatos; porque tal cosa que parece perjudicial en la primera inspeccion, puede ser muy buena en sus operaciones posteriores; y porque esta misma bondad puede acaso derivarse de los malos efectos producidos al principio. Se ve tambien suceder lo contrario; y proyectos muy plausibles despues de haber tenido los principios mas lisonjeros, han acabado por causar el arrepentimiento y la vergüenza. Hay por lo comun en los estados algunas causas oscuras y casi ocultas, causas que á primera vista parece que apenas merecen atencion, y con el tiempo llegan á ser de la mayor consecuencia para su prosperidad ó desgracia. Así pues, como la ciencia del gobierno es del todo práctica en sí misma, se versa sobre tanta variedad de obje-

los prácticos, y exige una experiencia tan vasta cual no es dado adquirir á ningun hombre en el curso de su vida, por mucha sagacidad que tenga, y por buen observador que sea; de ahí es que no puede, si no es con infinitas precauciones, emprender la ruina de un edificio que por espacio de muchos años llenó de un modo tolerable todos los fines generales de la sociedad, ni pretender la construcción de otro sin tener á la vista algun modelo ó ejemplo que presente la idea de una utilidad ya experimentada.

Estos derechos metafísicos introducidos en la vida común semejan á los rayos de luz que penetran en un medio denso, y por ley de la naturaleza son reflectados en su misma direccion. Ciertamente, en la masa enorme y complicada de pasiones é intereses humanos, los derechos del hombre se refractan y reflectan en direcciones tan cruzadas y diversas, que es un absurdo hablar de ellos como si conservaran alguna semejanza de su sencillez primitiva. La naturaleza del hombre es embrollada, y los objetos de la sociedad son tan complexos quanto pueden serlo; de ahí es que ni á la naturaleza del hombre ni á la calidad de sus negocios conviene ya un poder simple en su organizacion y direccion. Cuando oigo ponderar la sencillez de la invención á que se aspira en las nuevas constituciones políticas, no puedo menos de inferir que los ocupados en esto no saben su oficio, ó son muy negligentes en el cumplimiento de su deber. Los gobiernos simples son radicalmente defectuosos, por no decir otra cosa peor. Si debierais considerar la sociedad bajo un solo punto de vista, todos estos modos simples de política serian infinitamente seductores. En efecto, cada uno aisladamente corresponderia á su fin particular mucho mejor que los más complicados á sus fines complicados. Pero no deben preferirse unas relaciones imperfectas y desiguales en el conjunto total, á riesgo de ver que al paso que unas partes se hallen arregladas con la mayor exactitud, otras se hayan desatendido enteramente, ó se hayan atacado directamente; acaso por el cuidado esclusivo que se puso en el objeto favorito.

Los derechos pretendidos de estos teóricos son todos estremados, y quanto tienen de verdaderos en metafísica, tienen de falsos en moral, y en política. Los derechos del hombre se hallan en una especie de medio que es imposible determinar, pero que no es imposible concebir. Los derechos del hombre en los gobiernos son sus ventajas, y estas ventajas se balancean por lo común entre las diferencias del bien; algunas veces se hallan

comprometidas entre un bien y un mal, y otras entre dos males. La razon política es un principio que calcula, suma, resta, multiplica y divide las verdaderas denominaciones morales, moral y no metafísica ó matemáticamente.

Estos teóricos confunden comunmente en sus sofismas el derecho del pueblo con el poder del mismo. Siempre que el cuerpo de la sociedad entera pueda hallar en que obrar, es imposible que nada le resista; pero si se prosigue confundiendo el derecho con el poder, el cuerpo de la sociedad no puede tener un derecho incompatible con la virtud, y con la prudencia, la primera de todas. Los hombres no tienen derecho á lo que no es razonable ni se ha calculado para su utilidad; porque aunque un escritor chistoso dijo *liceat perire poetas*, con ocasion de haberse arrojado uno de ellos, segun cuentan, á sangre fria en medio de las llamas de una erupcion volcánica, *ardentem frigidus atnam insiluit*, yo miro esta humorada como una licencia poética mas bien que como un privilegio del parnaso; y en quanto al sugeto que usó de esta especie de derecho, fuese poeta, teólogo ó político, yo siempre tendria por mas prudente, por ser lo más razonable, salvar á este hombre, que conservar sus chinelas de bronce como un monumento de su locura.

Si la vergüenza no desconcierta esta sociedad de la revolucion, la especie de sermón que se recita cada año en celebracion de aquella época, y al que se refiere la mayor parte de lo que he escrito, llegará tal vez á fuerza de sutilezas á borrar del espíritu de los hombres que la componen, los verdaderos principios de la revolucion, y aun á privarlos de las ventajas que esta nos ha procurado. Confieso, señor mio, que jamás he gustado de estas conferencias perpetuas sobre la resistencia y las revoluciones, ni de aquel modo de entonarse diariamente con los remedios estremos de la constitucion: esto hace peligrosamente enfermisa la complexion de la sociedad; es lo mismo que si se tomaran periódicamente dosis de sublimado corrosivo, ó frecuentes bebidas de cantáridas para provocar al amor de la libertad.

Este uso desordenado de medicinas acaba por relajar y destruir los resortes de aquel vigor necesario para obrar en ocasiones importantes. En la época mas señalada de la esclavitud de Roma era quando á los discípulos de una clase numerosa se proponian, para ensayos diarios, unos temas sobre el derecho de asesinar á los tiranos:

*Cum perimil savos classis numerosa
tiranos.*

[*Juv. sat. VII.*]

En un estado ordinario de cosas, y en un país como el nuestro, produce esto los peores efectos aun para la causa de la libertad, á la cual se hace traicion por el desarreglo y estravagancia de las especulaciones. Casi todos los republicanos mas exaltados que hé conocido, han venido á ser en muy poco tiempo los cortesanos mas decididos y acabados; esa tarea enfadosa de una resistencia moderada pero diaria, la dejaron bien pronto para aquellos de entre nosotros, á quienes en la embriaguez y presuncion de sus teorías habian tratado con tanto desprecio como si hubieramos sido unos realistas. Es necesario decir tambien que la hipocresia se complace en las especulaciones mas sublimes; porque como no tiene jamas intencion de llevarlas á efecto; nada le cuesta proyectarlas magníficas. Pero en el caso mismo en que debia desconfiarse mas de la ligereza que de la astucia de sus especulaciones, el resultado es igual: porque si estos profesores no pueden aplicar sus principios estremados á los casos que solo exigen una resistencia conveniente, y que puedo llamar civil y legal, entonces no los tienen absolutamente. Con ellos es necesario la guerra, una revolucion, ó nada. Cuando sus sistemas políticos no se adaptan á la forma del mundo en que viven, sucedé por lo comun que tienen una idea muy ligera de todos los principios públicos, y están prontos á sacrificar por un corto interes lo que en su concepto tiene poco precio. Algunos, en verdad, son de un caracter mas firme y perseverante; pero, fuera del parlamento, los políticos mas ardientes son aquellos á quienes el menor motivo decidiria á abandonar sus proyectos favoritos. Ponen siempre sus miras en algunas mutaciones de la iglesia ó del estado, ó de ambos. *Los que piensan de este modo son siempre malos ciudadanos, y no se puede celebrar con ellos una especie de alianza sobre la que se pueda contar:* porque como no dan valor mas que á sus proyectos especulativos, y lo niegan enteramente al órden político actual del estado, lo menos malo que hacen es adoptar con indiferencia la buena direccion de los negocios públicos; no saben apreciar el mérito ni censurar las faltas; y en estas se regocijan con preferencia como las mas favorables á la revolucion. No ven el bien ni el mal en los hombres, en las acciones, ó en algun principio político; sino en cuanto descubren en esto algunas relaciones

con los adelantos ó atraso de sus proyectos de reforma. De ahí es que un dia se les ve sostener la prerrogativa mas violenta y mas desmedida, y en otro las ideas mas salvages y democráticas de libertad, y pasar de uno á otro extremo sin consideracion alguna á la causa, á las personas, ó al partido.

Os hallais actualmente en Francia en la crisis de una revolucion y de una mutacion de gobierno; no podeis discernir el carácter de los hombres ecsactamente en la misma posicion en que le vemos en este país. Entre nosotros es guerrero, entre vosotros triunfante; y actualmente sabeis de cuanto es capaz cuando se le deja tomar un poder proporcionado á sus caprichos. Me seria muy sensible si se creyera que dirijó estas observaciones particularmente á una clase determinada de hombres, ó que las confundo todas. Bien léjos de esto, soy tan incapaz de esa injusticia como de querer medirme con unos hombres que profesan principios estremados, y que bajo el velo de la religion enseñan una política peligrosa y bárbara. Lo que indigna en esta política revolucionaria es que se diga, que tiene por objeto dar temple y dureza á los hombres, para ponerlos en estado de sufrir mejor los terribles golpes que vienen muchas veces en circunstancias desesperadas; y como estas circunstancias acaso no llegan, el hombre queda inútilmente corrompido, y viciados sus sentimientos morales, sin que ningun proyecto político se adelante con esta depravacion. Esta clase de gentes se halla tan encaprichada en su teoría sobre los derechos del hombre, que ha olvidado enteramente la naturaleza. Sin abrir una senda nueva al entendimiento han logrado cerrar todas las que conducen al corazon; ha roto en sus ánimos y en los de sus secuaces todos los vínculos atractivos y consoladores de una simpatia universal.

Este famoso discurso del club de Old-Jewry no respira otra cosa en su parte política. Los complots, las matanzas, los asesinatos parecen ser unas bagatelas al precio de una revolucion; nada les parece tan desagradable é insípido á su gusto como una reforma que se haya conseguido sin depredaciones ni efusion de sangre. Les son absolutamente necesarios nuevos movimientos en la escena, lances teatrales, y un grande espectáculo para despertar su imaginacion que estaba adormecida en la posesion tranquila de sesenta años de paz, y para dar impulso á aquella calma insensible de la prosperidad pública. El

predicador se ha encontrado todo esto en la revolucion de Francia; esta ha inspirado á todo su asunto el *juvenilis ardor* (ardor de la juventud); se ve encenderse su entusiasmo á medida que se avanza, y cuando llega á la peroracion es un verdadero volcan. Entonces descubriendo de lo alto de su púlpito, como en el punto de vista de un paisaje de la tierra prometida, el estado libre, moral, feliz, floreciente y glorioso de la Francia, eleva su estilo con éxtasis. Vais á juzgar de esto por vos mismo.

„¡Qué periodo tan fecundo en acontecimientos! y cuán reconocido estoy á Dios, por haberme dejado llegar á una época como esta! Casi podria decir: *Nunc dimittis servum tuum, Domine*: ¡Ahora, Señor, ya podeis dejar ir en paz á vuestro siervo, segun vuestra palabra! ¡Mis ojos han visto la salud que nos habiais prometido! (cantico del viejo sacerdote Simeon) He llegado á ver propagados los conocimientos que han minado á la supersticion y al error. He llegado á ver los derechos del hombre conocidos tan bien como no lo habian sido antes, y á las naciones ansiando por su libertad, cuya idea parecian haber perdido. He llegado á ver veinte millones de hombres, todos indignados, hollando á sus pies la esclavitud, y pidiendo la libertad con una voz irresistible; y he visto á su rey conducido en triunfo, y á un monarca absoluto entregandose él mismo á sus vásallos.”

Antes de pasar adelante debo notar, que el Dr. Pricé parece preferir á todas las épocas, en cuanto á la adquisicion de luces, aquella en que él ha recogido y esparcido tantas. En mi concepto, el último siglo era, por lo menos, igualmente ilustrado; pues obtuvo, aunque en lugar diferente, un triunfo tan memorable como el que tanto alaba el Dr. Pricé, y tambien algunos grandes predicadores de esa época, tomaron parte con tanto ardor como ahora toma él mismo en el de Francia. En la causa que se instruyó al reverendo Hugo Peters acusado de alta traicion, uno de los testigos depuso, que cuando el rey Carlos fue traído á Londres para que se le procesara, aquel apóstol de la libertad guiaba este día el triunfo. „Yo ví á su magestad, dijo el testigo, en una carroza de seis caballos, y á Peters que marchaba triunfante á caballo delante del rey. Cuando el Dr. Price afecta entregarse al impulso de su genio, no hace mas que copiar servilmente un ejemplo; pues el mismo

Dr. Peters, concluido el primer acto del proceso del rey, y á terminar una larga oracion en la capilla real de White-Hall, dijo: „veinte años llevo de orar y predicar, y ahora puedo esclamare con el viejo Simeon: *Nunc dimittis servum tuum, &c.* &c. Peters no recogió el fruto de su oracion, porque no dejó de vivir ni tan pronto como deseaba, ni en paz; y llegó á ser (lo que espero con todo mi corazon no llegue á ser ninguno de sus imitadores) un holocausto del triunfo que habia conducido como soberano pontífice. Se habla, tal vez con dureza, de este pobre hombre en la época de la restauracion; pero nosotros, en consideracion á su memoria y sufrimientos, debemos decir que fue tan ilustrado como celoso, y que minó tan eficazmente todas las supersticiones y errores que podian retardar la grande empresa en que estaba empeñado, como cierta persona que le sigue y le imita en este siglo, y que desearia apropiarse á sí sola un título esclusivo al conocimiento de los derechos del hombre, y á todas las gloriosas consecuencias que de él se derivan.

Despues de este arrebato del predicador del club de Old-Jewry, que solo difiere en tiempo y lugar, pero que es muy conforme al espíritu y letra del *Nunc dimittis* de 1688; la sociedad de la revolucion, los forjadores de gobiernos, la banda heroica de los destructores de monarcas, los electores de soberanos, los conductores de reyes en triunfo, pavoneandose y llenos de orgullo por el sentimiento íntimo de una profusion tan grande de luces, en cuya distribucion cada miembro habia sido favorecido con largueza; entonces, digo, la sociedad toda estaba muy impaciente por esparcir ella misma con generosidad las luces que acababa de recibir tan gratuitamente; y para consumir esta benévola comunicacion de luces, se trasladó de la capilla del club de Old-Jewry á la taberna de Londres, en donde el mismo Dr. Pricé, rodeado aun de los vapores de su trípode délfica que no se habian disipado enteramente, propuso y presentó el mensaje de felicitacion, que por conducto de lord Stanhope se dirigió á la asamblea nacional de Francia.

¡Y, qué! un predicador del Santo Evangelio, es el que profana este sublime y profético éxtasis llamado comunmente el *Nunc dimittis*, que fue inspirado al tiempo de la primera presentacion de Ntro. Señor en el templo; y con un entusiasmo desnaturalizado é inhumano lo aplica al espectáculo mas horri-

ble, atroz, y el mas afflictivo que acaso se ha ofrecido jamás á la piedad y á la indignacion del género humano. Esta marcha triunfal, este acontecimiento, infame, por lo menos, é impio, que llena no obstante el alma de nuestro predicador de un transporte tan profano, debe por el contrario irritar todas las almas bien nacidas. Muchos ingleses se han asombrado é indignado de este espectáculo: y, ó yo me engaño mucho, ó debia semejar una procesion de salvages americanos cuando despues de algunas matanzas, que ellos llaman sus victorias, entran al Onondaga, y dirigiendose á sus cabañas que se ven coronadas de craneos pendientes, conducen alli sus cautivos, á cuyo infortunio se añaden las burlas y los insultos de mugeres igualmente feroces; mas bien que á la pompa triunfal de una nacion guerrera y civilizada. . . . Sí, de una nacion civilizada, en donde ningun hombre que tenga alguna idea de generosidad, puede cifrar el triunfo en el abatimiento y el dolor.

Esto, mi caro amigo, no era un triunfo para la Francia. Me veo en la necesidad de creer, que vosotros como nacion estais enteramente abrumados de vergüenza y horror; y que vuestra asamblea nacional se ha encontrado en la mas profunda humillacion, al ver que no era capaz de castigar á los agentes y fautores de este triunfo, y que estaba impedida de mostrarse libre é imparcial en todas las pesquizas que mandó hacer al efecto. Su situacion justifica á la asamblea; pero cuando consentimos que otros sufran por la fuerza, este disimulo viene á ser en nosotros la voluntad desnaturalizada de un espíritu vicioso.

Vuestra asamblea, dominada de una cruel necesidad, vota forzadamente con aparienciá de deliberacion; se reúne, como si dijéramos, en el seno de una república estrangera; reside en una ciudad, cuya constitucion no ha emanado de carta alguna de rey, ni de poder alguno legislativo; está cercada de un ejército que no ha sido levantado por autoridad real, ni por órden de ella misma, y que si quisiera disolverlo, él la disolveria al instante; se reúne, despues que una banda de asesinos ha obligado á salir de su seno á casi todos los que llevaban á ella un espíritu y miras moderadas, mientras que los demas que profesan los mismos principios de moderacion, mas sufridos ó con mejores esperanzas, quedaban espuestos cada dia á insultos afrentosos ó sangrientas amenazas. Alli una mayoría efectiva ó supuesta, y cautiva como el rey, le obliga á espedir como reales decre-

tos, inmundas necedades recibidas de tercera mano. Es notorio que todas sus disposiciones estan decretadas antes de ser discutidas, y es inconcuso que, bajo el terror de las bayonetas, la linterna y la tea que amenaza las casas de sus individuos, ha sido obligada á adoptar las medidas furiosas é indigestas sugeridas por los clubs, en donde se encuentra una mezcla monstruosa de todos estados, de todos idiomas y de todas naciones. Entre los séres que los componen se hallan gentes á cuyo lado Catilina habria pasado por escrupuloso, y Cetego por hombre sóbrio y moderado. Y no es solo en estos clubs en donde á las medidas públicas se dan estos giros monstruosos; su primer grado de deformidad lo reciben en las casas de juego, y en los cafés, que son como otros tantos seminarios para estos clubs, que se tiene cuidado de establecer en todos los lugares en que hay alguna concurrencia. En estos puntos de reunion de toda especie, todo lo que es temerario, violento y pérfido pasa por marcado con el sello de un genio superior; la humanidad y la compasion se ridiculizan como frutos de la supersticion y la ignorancia; y la sensibilidad que escitan los individuos, es mirada como una traicion al público. Alli la libertad se ha juzgado perfecta, siempre que se ha hecho incierta la propiedad; en medio de las matanzas, asesinatos y confiscaciones ejecutadas ó maquinadas, se forman planes para el buen órden de la sociedad futura; y alli prodigandose caricias á viles criminales, y exaltando á sus deudos segun el grado de sus maldades, impelen á infinitas personas virtuosas á imitarlos, obligandolas á subsistir de la mendicidad ó del crimen.

La asamblea, órgano de estos clubs, representa delante de ellos la farza de sus deliberaciones con tanta indecencia como libertad. Sus miembros hacen su papel, como los cómicos de la Foire, á presencia de una reunion de amotinados, en medio de los gritos tumultuosos de una canalla compuesta de hombres feroces y de mugeres que han perdido toda especie de vergüenza, que segun el capricho de su insolente imaginacion dirigen, censuran, aplauden ó silvan á la asamblea. Ocupan algunas veces sus asientos, ejerciendo su imperio con una mezcla singular de una petulancia servil y del orgullo de una autoridad presuntuosa. Como la asamblea ha trastornado toda especie de órden en todas las cosas, la galeria ocupa el lugar de la cámara; y esta asamblea que destrona á los reyes y arruina los

imperios, no tiene siquiera „la fisonomia ni la presencia imponente de cuerpo legislativo....”

Nec color imperii, nec frons erat ulla senatús.

El poder que disfruta, se parece al del principio del mal, que es el poder de trastornarlo y destruirlo todo; sin tener alguno para reedificar, á escepcion no obstante de ciertas máquinas inventadas para prolongar y estender su obra de destruccion.

Todo el que es afecto en el fondo de su corazón á las asambleas representativas de naciones grandes, y está habituado á admirarlas, debe huir con horror y disgusto de la degradacion abominable, burlesca y profana de esta institucion sagrada; degradacion, que horroriza á los republicanos igualmente que á los monarquistas. Los miembros mismos de vuestra asamblea deben gemir bajo una tirania, cuya ignominia reportan todos, cuya direccion ninguno tiene, y cuyo provecho disfrutan pocos. Estoy persuadido, que muchos de los que componen la mayoria de este cuerpo, deben experimentar los mismos sentimientos que yo, no obstante los aplausos de la sociedad de la revolucion. ¡Desdichado rey! ¡Desdichada asamblea! ¡Cómo ha podido tolerar en silencio el escándalo de oír á algunos de sus miembros calificar de hermoso un dia en que el sol parecía perder el imperio de los cielos! ¡Cómo ha podido contener su indignacion al oír á otros que tuvieron por conveniente á las circunstancias, decir, que la nave del estado volaria con un curso mas rápido ácia su regeneracion?... Debiera haberse añadido: á merced del viento muy favorable de la traicion y del asesinato que precedia á este triunfo celebrado por nuestro orador. ¡Qué no debió sufrir esta asamblea al oír, con una paciencia inmóvil y una indignacion tan reprimida, aquellas otras espresiones dichas con ocasion de otras matanzas igualmente feroces! „¿Qué, era tan pura esta sangre que ha corrido?” ¡Cuánto no debió sufrir, cuando importunada de las quejas que se le dirigian sobre los desórdenes que conmueven su propio pais, se vió obligada á contestar friamente á los desgraciados quejosos, diciendoles, que estaban bajo la proteccion de la ley, y que ocurriesen al rey (á este rey cautivo) para que hiciera ejecutar las leyes que debian protegerlos; al paso que los ministros encadenados de este rey prisionero habian hecho presente de antemano á la asamblea, que ya no quedaban leyes, autoridad, ni poder para proteger á

radial! ¡Qué no debió experimentar, cuando en una felicitacion de cumpleaños, se vió obligada á suplicar á su rey prisionero olvidase la época borrascosa del año anterior, en obsequio del gran bien que debia procurar á su pueblo! Y para contribuir al colmo de este gran bien, hizo las protestas de estilo y mera ceremonia sobre su fidelidad, asegurando su obediencia al rey, en el momento en que ya no quedaba á este príncipe ninguna autoridad para mandar.

No dudo que este cumplido se haria de corazón y con afecto; pero entre todas las cosas que han sufrido alguna revolucion en Francia, es necesario confesar que las ideas de la decencia la han padecido grande. Se nos dice, que nuestras maneras en Inglaterra las hemos recibido de segunda mano; que vosotros nos las enseñais, y que nuestras formas están moldadas sobre las francesas. Si esto es así, conservamos todavia la antigua usanza, y al imitar la moda y bellas maneras parisienas estamos todavia muy distantes de tener por un género de cumplido fino y delicado, aunque sea de pésame, decir á la criatura mas humillada que se arrastra por la tierra, que resultan al público grandes beneficios de la matanza de sus fieles servidores, del atentado hecho á su propia vida y á la de su augusta esposa, y en fin de las mortificaciones, desgracias y abatimientos que se le han hecho experimentar en su persona. Este tópicos consolador es de tal género, que el ministro de la prision de Newgate soria muy humano, para usar de él en presencia de los criminales al pie de la horca; y yo habria creído, que el verdugo de París, ahora que está rehabilitado por decreto de la asamblea, y ha recobrado su rango y su blason en la sociedad heráldica de los derechos del hombre, seria muy generoso, muy noble y muy lleno del sentimiento de su nueva dignidad, para emplear este consuelo dolorosísimo con alguna de las personas, á quienes el crimen de lesa-nacion llegara á poner bajo la administracion de su poder ejecutivo.

Se degrada á un hombre, en efecto, cuando se le lisongea de esta suerte. Las gotas anodinas de olvido, preparadas de este modo, son muy eficaces para prolongar un desvelo que atormenta, y mantener viva la llaga de una memoria que despedita. Ministras así bebidas de amnistia, misturadas con todos los ingredientes del desden y del desprecio, es aplicar á los labios, en vez del bálsamo de los espíritus afligidos, la amarga copa